





BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE

Sección Chilena

Volúmenes de la obra 1

Ubicación 10 936- 6

BIBLIOTECA NACIONAL

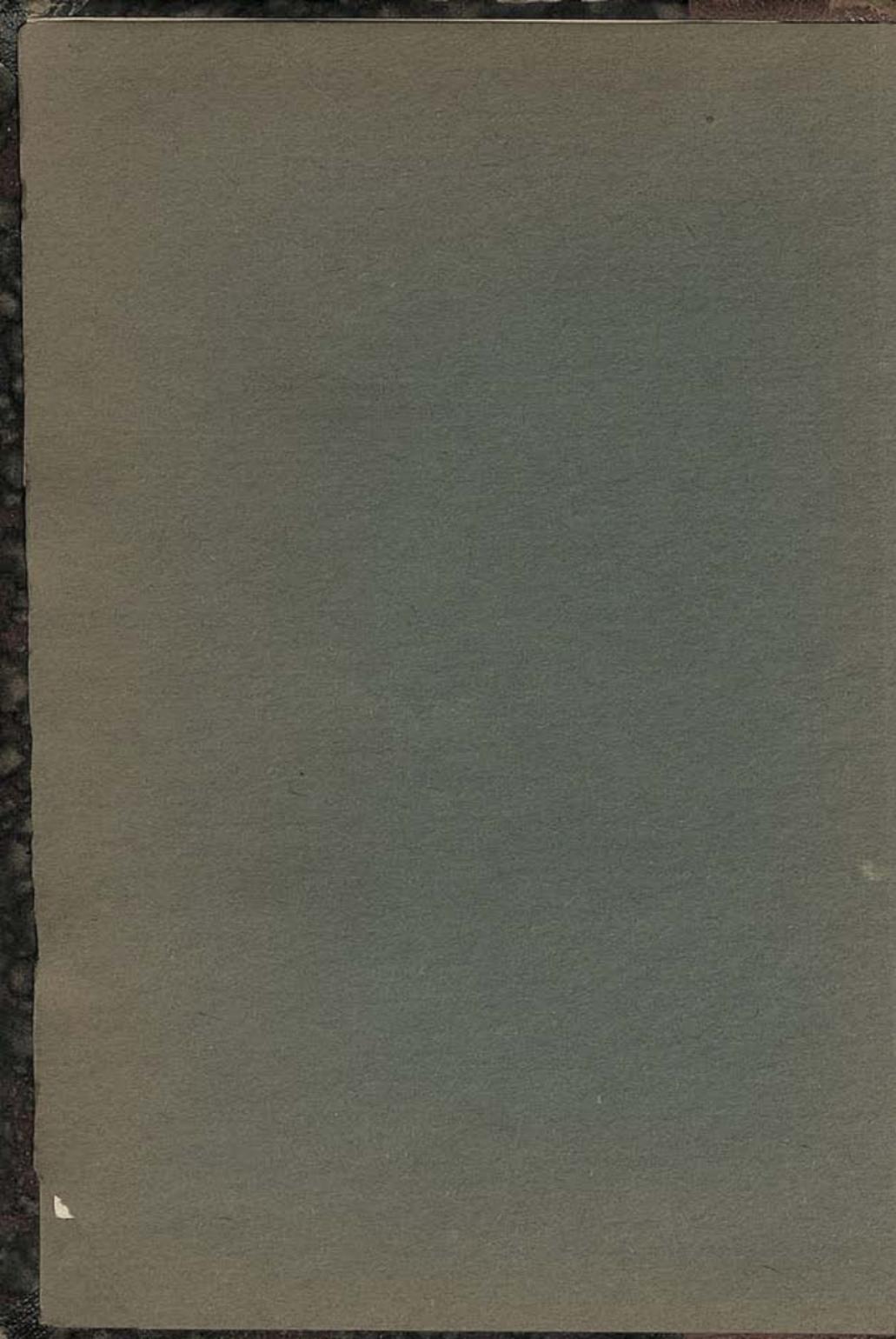


0425129

ADM. 394719

I N D I C E

- 1.- El baile de fantasía en casa de D. Agustín Edwards y sra. Olga Budge de Edwards del 28 de Julio de 1905. 394719
- 2.- El motín militar / Román Calvo
- 3.- Ensayo de química doméstica / Francisco Navarrete.
- 4.- Salón de 1901, catálogo de las obras de pintura, escultura, acuarela, dibujo y arquitectura.
- 5.- Participación del ejército en el desarrollo y progreso del país.



10(936-6)



El

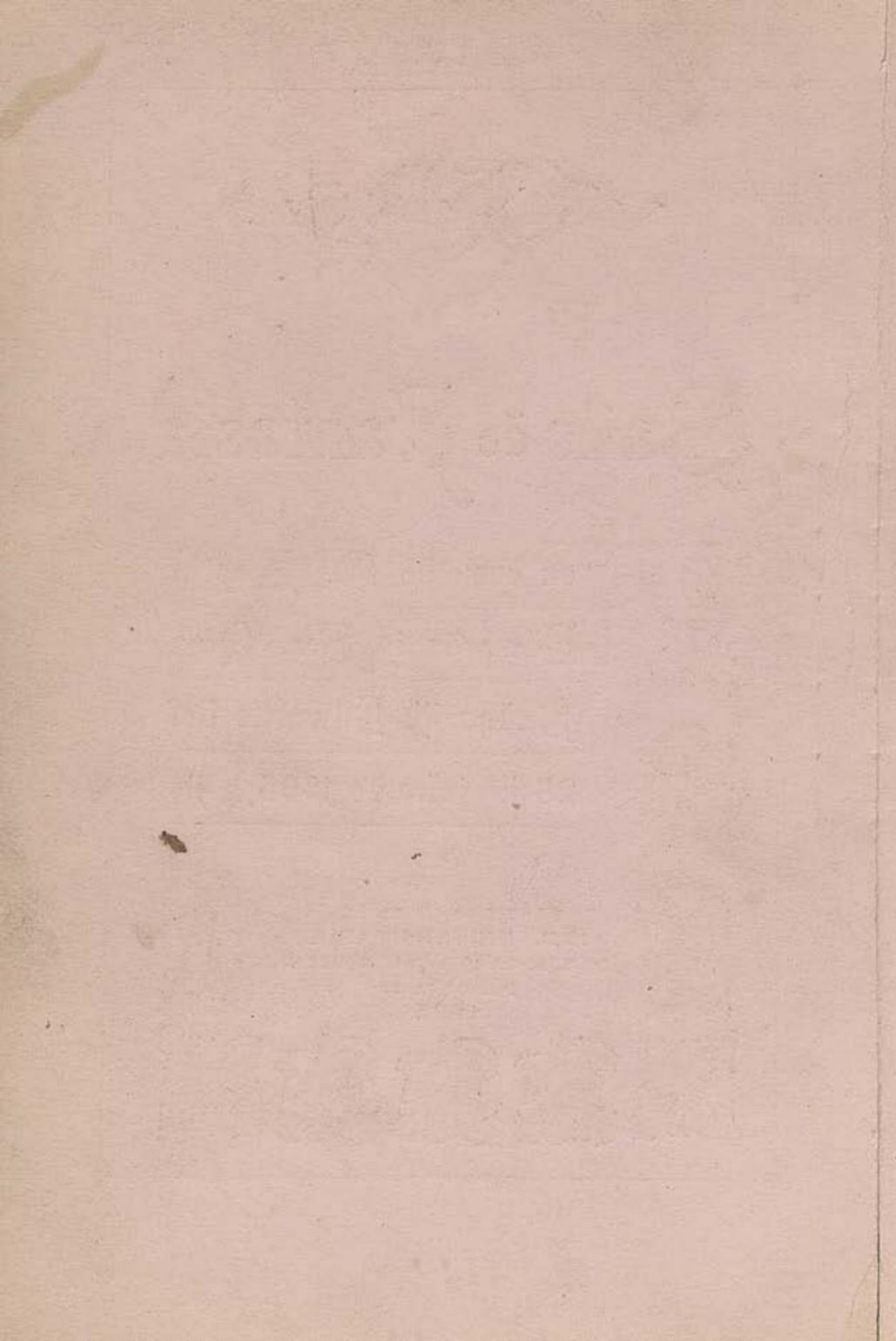
Baile de Fantasía

en casa de D. Agustín
 Edwards i Sra. Olga
 Budge de Edwards del
 28 de julio de 1905. ❀



SANTIAGO DE CHILE
 IMP. UNIVERSITARIA
 DE S. A. GARGIA VALENZUELA
 BANDERA 41
 1905







El

Baile de Fantasía

en casa de D. Agustín

Edwards y Sra. Olga

Budge de Edwards del

28 de julio de 1905. ❀



SANTIAGO DE CHILE
IMP. UNIVERSITARIA
DE S. A. GARGIA VALENZUELA
BANDERA 411
1905



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTRO

IMPRESA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE
1978



Santiago, Julio 30 de 1905.

Mi querido Manuel: No creí nunca que te ibas a quedar en el fundo para pagar tus peones i resignarte a perder el baile de trajes de don Agustin. Ahora malicio que tú calculabas que no te encontrarías en él con tu prenda. En efecto, sólo fué tu cuñadita, que estaba lindísima con su traje, i, aunque era el polo opuesto de princesa, parecia una de éstas. Tú sabes que siempre he sido un admirador de su perfil de vírjen de Fra Angélico. Perdiste, pues, el conversar con ella de su hermana, con esa satisfaccion que sienten los enamorados al encontrarse con una persona de la familia de la prenda.

Francamente, Manuel, te has convertido en un "raro", i no puedo negarte que esto lo lamentamos tus amigos, que siempre en los bailes nos encontramos mucho mas alegres al remojar la clásica langosta con el champagne seco, escuchando tu charla de eterno hombre que rie.

¡No sabes cuánto te habrias divertido en este baile!
Con razon he oído decir a mi padre que los bailes de

trajes, como el del 28, constituyen el hecho social más culminante de toda una generación.

Antes de partir para tu ínsula, te alcanzaste a imponer de los preparativos que hacíamos los hombres. Creo que las niñas no se atarean más para preparar sus trajes de baile. Es cierto también que ellas cuentan con la práctica. Ahora no tenemos derecho para reirnos de sus largas conversaciones de trapos. Durante diez días nos hemos olvidado de trabajos, de estudios, de todo lo formal. Nuestra preocupación ha sido los figurines de fantasía, el valor del terciopelo, del raso, de los encajes, pedir muestras de bordados de oro en la Prá, regatear en "Los Alemanes" el precio de los botones dorados, asistir a las pruebas de "Jacobsen" i hasta más de alguno preguntó por corsées en la "Maison Pouget".

Todo debido a que los hombres de antaño se vestían como nuestras elegantes de ahora.

En el baile de don Samuel Ovalle (que, entre paréntesis, fué espléndido, i que también perdiste) me dijo una de mis amigas:

—Ahora nosotras les tenemos miedo a ustedes, porque saben el valor exacto de nuestros trajes.

Al poco rato le encontré razón. Uno de los de nuestro grupo me afirmaba: "Aquel terciopelo no debe costar más de 5 pesos vara, i debe ser de la Prá. Yo tuve la muestra en mi mano".

En fin, ha sido tanta nuestra preocupación, que hasta se han apostado al *cacho* varas de encaje de oro i he oído en la Plaza i en el Teatro conversaciones de hombres sobre "vuelos en forma", "cuchillas", "aplicaciones" i otros tecnicismos de costurera.

Un dato más: el libro que más se ha pedido en la Biblioteca Nacional en la última quincena, es: "La

Historia del Traje", i la revista que mas se ha hojeado en el Club de la Union: "El Teatro".

Pero, mas vale que haya sido así, para salir de la monotonía desesperante; para que, cuando seamos maridos, no nos asustemos de la cuenta de la modista i, sobre todo, por haber contribuido al realce de esa fiesta digna de una gran ciudad.



En la tarde del baile tuvimos la escena de costumbre, de ántes de todos los bailes en la peluquería "Jardel". Pero esta vez, realizada por los arreglos de los peinados i los afeites de fantasía.

La chacota era horrible. Los muchachos entraban i salian como en un colmenar. Cada cual buscaba su peluquero, que tenia una veintena en espera. El calor era sofocante. La atmósfera se cargaba con el olor punzante de los cosméticos i las aguas colonias de distintas marcas. A mi derecha se encrespaba Luis Euj. Subercaseaux, su melena de 1830. El godo, el gran amigo de Cámilo Ovalle, revolvió la cabeza de Melchor Concha para prenderle una delgada coleta de torero:

—Yo le juro, decia a su víctima, que ni "Guerrita" va mejor a la plaza de Sevilla.

Con gran algazara se dejaron caer en un sofá: Elías Errázuriz, Ignacio Valdivieso i Álvaro Covarrubias Pardo para esperar su turno.

Lucho Mackenna se acercó al grupo i preguntó a Álvaro:

—¿Tú irás de Alfonso XIII?

—Nó, contestó el interpelado; ¡quién caracteriza a ese gallo que tiene una docena de uniformes!

Nicolas Hurtado, que debía arreglarse un peinado del siglo XVI, dijo a José Luis Santa María, que le daba ideas al respecto:

—Debe ser como el que se acaba de arreglar Jorje Errázuriz, pero ese diablo se ahorró la peluca!

No te cuento mas detalles como estos de la peluquería, porque me faltaria paciencia.

Quiero dejar tiempo para gozar haciéndote una imperfecta reminiscencia del baile.



Para llegar a la espléndida casa de la calle de Agustinas, donde tan buenos ratos pasamos en 1903, hubo de recorrer mi carruaje, como el de todos los concurrentes, un desfiladero de tres cuadas de curiosos, que se apiñaban en las portezuelas i acercaban racimos de cabezas humanas, con ojos ávidos de mirar. Una mano impertinente encendia un fósforo para verte, otro te acercaba a la nariz una vela i todos te aturdián con exclamaciones i dicharachos.

Los americanos, cuyos faroles lanzaban sus luces opacadas por la neblina, llegaban al gran trote de sus Cleveland en filas interminables. Habia una atmósfera de vaho que brotaba a chorros de los hocicos de las bestias. Los cocheros debian manejar con estremo cuidado para no atropellar al gran jentío que rodeaba la entrada. Cada uno de los asistentes que saltaba del coche bajo la gran marquesa Luis XVI,

que resguardaba la puerta del aire helado de la noche, era recibido por un coro de alegres comentarios i gritos de admiracion. Los guardianes apénas podian formar cadena a los curiosos que pechaban. A la llegada de Alejandro Murillo, perfectamente disfrazado de clown, una turba de suplementeros le gritó:

—¡La cueca, payaso!

Alejandro sonó un silbato, les hizo una mueca horrible i con el *sprit* que le caracteriza, volvió al revés los bolsillos del pantalon i zapateó el baile nacional.

Al llegar la Teresita Vial, una mujer del pueblo exclamó:

—Venaiga la lindura; debe venir de Anjelito.

A Tomas Cox, que vestia de Húsar de Napoleon con su gran gorro de pieles, lo aturdieron con un:

—¡El cosaco no entra al baile! que hizo apurar el paso al aludido.

Estoi seguro que esa noche la jente del pueblo se ha divertido mas que en el circo.



Cuando descendí del carruaje i me encontré en el *hall*, fué tal la impresion de grandiosidad que recibí, que hasta me pareció que la condecoracion "Montana", que colgaba de mi cuello, se convertia en un sol de brillantes de Herz o de Umlauff.

Media docena de mozos de uniforme estaban en la puerta.

No te puedo espresar qué se me figuró el primer grupo de personajes de distintas épocas que encontré

en medio de la rejia decoracion de innumerables luces muebles artísticos i *bouquets* de camelias rojas, montones de violetas i rosales en flor, como abiertas al abrigo de un sol de estío.

Nerviosos se apretaban los guantes: Félix Ossa, con todo el refinamiento de un marques Luis XV; Vicente Reyes, de frac rojo, irreprochable; Enrique Rosas Ariztía, a quien tuve como un galante jentil hombre del Directorio.

Junto a la pieza de los abrigos hice reverencia i casi no me atreví a dar la mano a Vicente Echeverría, que caracterizaba admirablemente al adusto Felipe II.

— Hombre, le pregunté, ¿me mandarás a la Inquisicion si te molesto cuando estés con una buena moza?

Felipe II me alargó su mano dignamente.

A la derecha, recibian, con su amabilidad proverbial, la jóven pareja de los dueños de casa. Apénas logré saludarlos. La señora Olga Budge de E., habria sido la envidia de la mas renombrada dama del Directorio. Don Agustin era un magnífico caballero de 1830.

Seguí mi camino, admirado de mí mismo, como si por obra de majia hiciera mi paseo entre personajes de telas de Watteau, Soulacroix, Giovanni, Ricci, Ribera, Schonweinger, Vogler, Becker, esos esquisitos pintores de las épocas mas galantes de la historia.

La orquesta completaba el cuadro, sonriendo elegantemente con el primer acto de Tosca:

“Recondita armonia
di belleze diverse.....”

Cuando me encontré en la ámplia galería adornada

con un estricto estilo Luis XVI, en medio de dos corrientes de parejas de fantasía, vinieron a mi memoria aquellas moldeadas frases de los Goncourt al describir una fiesta análoga: "Entre sus cuatro paredes radiantes de luz se hubiera creído ver agolparse algo de todas las naciones i de todos los siglos. La historia i el espacio parecían allí amontonados. El universo se codeaba en aquella habitación. Las telas, las modas, los dibujos, las líneas, los recuerdos, los países, todo se confundía en la mezcla trastornadora de colores.

Había muestras de todas las civilizaciones, trozos de toda la tierra i vestidos robados a estatuas".

Este recuerdo, las armonías de la orquesta i los embriagantes olores de las violetas i de las esencias que se desprendían de los trajes, me dejó absorto un momento.

—¿Qué estás filosofando ahí? me dijo Nacho Zañartu, dándome una palmada sobre mi capa de corte.

Me volví i me encontré ante un enharinado Arlequin, que no oyó mi respuesta por saludar a una Pierrette encantadora.

Alguien me salió al paso: era un elegante marques Luis XV, de casaca celeste, que dobló con donaire su cintura i me dijo:

—Oh! Sardou puede avergonzarse. Nuestras Toscas son reinas de la suya.

I haciendo un suave círculo con su mano estrechamente enguantada, me señaló a las señoras Teresa Alamos de Balmaceda i Cristina Grohnert de Novoa, que realzaban su belleza con el exacto traje de Fiora Tosca.

—¿Antes o después de Pavía? pregunté a Jorje Errázuriz, que, vestido de Francisco I, apuntaba un nombre en su "carnet".

—Ya eres el décimo que me dices esta vulgaridad, me respondió.

Entre un grupo de fracs rojos i correctos “incroyables”, vi a Elena Pereira admirablemente vestida de rosa té.

Le rogué que me concediese una vuelta. Con su reconocida simpatía, se cojió de mi brazo i nos dirijimos por la galería central entre dos olas de personajes históricos i fantásticos. Me sentí orgulloso de oír las alabanzas que dirijian a mi pareja. Se las merecía demas. Ningun traje le hubiera venido mejor. Los pétalos de seda partian de su escote i se apretaban a su talle haciendo perfecta la ilusion de la realidad. Su peinado de rizos estaba coronado por una rosa abierta que era el nido de dos picaflors. En las hojas de la falda se escondian muchos pololos tornasolados.

Un vendedor de *cande suize* se acercó a ofrecernos un confite. Era Guillermo Lyon.

Poco rato despues, nos rodeó un grupo de mosqueteros i marinos. Reclamaban su derecho. I mi pareja se alejó con uno de ellos, miéntras un “incroyable” oro viejo, le clavaba sus impertinentes i exclamaba:

—¡Qué bien va la Elena de rosa, con esos bichos i pájaros cantores!

Sonaba el vals “*Ange d'Amour*”. Sus cadencias parecian arrullar la concurrencia.

Augusto Vicuña, pescador de Nápoles, me dió al pasar un apretón de manos.



Me acerqué a una de las puertas del salón de honor. En ese momento salía de él la señora Ida Zañartu de Subercaseaux, vestida de veneciana, del brazo de un intachable caballero de 1830. La señora Zañartu caracterizaba a esa época de Venecia que sufrió todo el influjo del arte griego. La Vénus griega se habría inclinado a su paso.

No logro espresarte la impresión que producía un grupo de señoras jóvenes.

En un lado varias hermosas damas del Directorio. Eran las señoras Ana Lyon de Alamos, Marta Eyzaguirre de Cruz, Ana Matte de García de la Huerta, Marta Serrano de Flesch de Boos.

Vogler habría aquí encontrado el grupo para su "Jardin de Amor".

Puedes idear cómo estaría la señora Carolina Pereira de Correa, de María Antonieta. Yo te aseguro que su cabeza no la habrían cortado nunca los franceses, tan enamorados de lo bello.

La señora J. Aguirre Budge nos recordaba hermosamente a nuestras jóvenes antepasadas de 1830.

Todas las señoras que estaban vestidas de fantasía demostraron ser verdaderas artistas: la señora Prieto de Amenábar, de María Luisa; Rosario Ossa de Matte, época siglo XVI; Leonor Solar de Möller, época Enrique II; Carmela Mackenna de Cuevas, de Locura; Carolina Valdes de Concha, época Luis XIV; Marta G. de Tocornal, duquesa de Devonshire; Elena Lavin de Huneus, cielo estrellado; Ines Echeverría de Larrain, estilo greco-romano; Elena Garretón de Morel, trébol de 4 hojas; Blanca Aninat de Seminario, época Luis XVI; Gracia Cox de Huneus, flor de loto; señora de von Reichenau, de rumana.

Otro grupo admirable era el que formaban las señoras

ras Jetrudis Lyon de Freire, Sara Fernandez de Barros, Mercedes Arnolds de Porto Seguro, Ana del Campo de Larrain é Isabel Irarrázabal de Pereira todas consus artísticas *toiletts* Luis XV, se me figuraron arrancadas de la famosa tela "La mano blanca", de Arturo Ricci.

No te estrañes de mis repetidas comparaciones con cuadros, puesto que durante todo el baile tuve la obsesion de creerme en un museo de telas célebres.

Me dirijí a beber un refresco. Me alcanzó un "Aiglon" i me dijo:

—¿Te has fijado en las porteñas, hombre? Son notables. Voi a pedir un baile a una de ellas. Están las Ross Ferrari: Emma, de Directorio i Raquel, época Luis XV; las Pretot Prieto: Virginia, de Directorio i Laura, época Luis XV. Este par de hermanas debe haberse puesto de acuerdo. Mercedes Ferrari Valdes, época Pompadour i Luisa Lyon Arrieta, Imperio.

En la galería lateral, saludé con entusiasmo a la señora Beatriz Larrain de Cruz Montt que, con un admirable traje de guardia francesa, constituyó una deliciosa orijinalidad del baile.

Un grupo de caballeros interrumpió su charla sobre política para alabar la feliz idea de la señora Larrain, i despues hablaron cariñosamente a Juanita i María Edwards M. C. que, vestidas de niñitas niponas, pasaban sonrientes en compañía de Cuchito Edwards B., ataviado a la moda del año 30.

La orquesta desgranaba las notas tan armoniosas del vals de "Fausto".

Evaristo Gandarillas, Mefistófcles, i Guillermo Huidobro Valdes, de Fausto, me hicieron representarme la escena del "vallet" de la ópera de Gounod.

Ya en el "buffet" de refresco, pude admirar los es-

pléndidos trajes de las señoras Sara del Campo de Montt, de odalisca; Ines Neuhausen de Sotomayor, de reina de las nieves; i Elena Errázuriz de Sánchez, de japonesa.

— ¡Oh! me dijo un musulman, pellizcando una fuente repleta de castañas confitadas, ¡por Allah que aquí me siento en el paraíso del profeta!



Volví a las galerías. En una de las glorietas laterales, que brillaba toda como una gran ampolla eléctrica, un grupo de juventud rodeaba a un cardenal romano del Renacimiento. Su Eminencia, era Agustin Echeñique Tagle. Su birrete, centro de una melenilla rubia, su sotana, sus zapatillas i sus guantes de púrpura, al mismo tiempo que el pectoral i la esposa de brillantes i esmeralda, lo caracterizaban perfectamente.

En su círculo estaban María Luisa i Francisca Edwards M. C., con rejios trajes de marquesas de la época Pompadour. Luz Eguigúren, de mariposa, tan aérea que parecía volar; Ana Peña Otaegui, una delicada marquesita Luis XV; Victoria Gandarillas V., chóchara; Teresa Gandarillas Matta, de española, con toda la sal de Andalucía; Amelia Pastor Meyer, época Pompadour; Carlos Silva Vildósola, época Luis Felipe; Estanislao Huidobro, de Mefistófeles; Arturo Lyon Peña, caballero de 1830; Hernan Correa, "L'Aiglon"; Hernan Errázuriz, "Incredyable morado"; Ismael Percira, Yago; Luis Bustos, de Scarpia; Da-

niel Eguigúren, Marques Luis XV; Ramiro Arnolds, "L'Aiglon".

De repente oí que declamaban a mi oído los versos de la presentacion de los cadetes de Rostand:

"Questi sonno i cadetti di Gascogna".

Me volví. Era Cyrano de Bergerac, en cuerpo i alma. Ismael Huidobro se habia metamorfoseado en él a maravilla. Sólo estrañé que tenia la nariz demasiado larga.....

Después le vi rendir su vara de cadete ante Teresita Riesco, que estaba encantadora con su lindo traje de boton de rosa. Su magnífica cabellera empolvada le hacia una gracia particular.

Yo me dirigí a pedir un baile a Blanca Zañartu, que llamaba la atencion con su artístico peplo de Melisandra. Arturo Irarrázaval, de frac violeta, conversaba con ella.

En otra de las glorietas contiguas a la galería, pude observar un buen número de niñas, vestidas con todo gusto: Blanca Subercaseaux, traje medioeval; Rebeca Tagle R., boton de rosa; Teresa Lisboa, traje imperio; María Mackenna H., aldeana rusa; Virginia Salas, medioeval; Laura Donoso F., con un vestido de dueña medioeval, que patentizaba toda una época histórica; Luisa Besa F., pierrette; Gabriela Matte G., aldeana; Tránsito Matte G., pierrette; Teresa Hurtado E., marquesa Luis XV; Raquel Délano F., española; M. Amelia Amunátegui, Proserpina.

Un conjunto abigarrado de japoneses, incroyables,

frac rojos i duques i marqueses de diversos siglos, les formaban una alegre corte de honor. Entre ellos noté a Pepe Echeverría, de frac rojo; Manuel Salinas, Enrique II; Joaquin Lecaros, duque de Mantua; Eduardo Valdivieso, frac violeta; Cárlos Valdés L., Enrique II; Patricio Ossa L., frac rojo; Cárlos Morla, tony; Luis Calvo Mackenna, marques Luis XV; Raul Cousiño, Rouget de L'Isle; Joaquin Walker L., Lafayette; Moises Errázuriz Ovalle, de marinero; Fermin Vergara, pescador napolitano; Emilio Valdivieso, frac rojo; Arturo Larrain, de paje.



Cerca de la pieza de toilette de las señoras, me encontré con Daniel Bernal L., mui correcto de Francisco I, i a Santiago Perez Peña, oficial de Napoleon III, que contemplaban el efecto de realidad que hacian Aníbal Las Casas, de Napoleon I, conservando hasta las peculiares posturas de su personaje, i no léjos de él a Tomas Cox, de Húsar de la Guardia de este Emperador.

—Hola! Daniel, ¿cómo estás de filarmónica?

—Pues, precisamente ahora me toca un baile con la Anita Riesco, me contestó.

I en efecto, poco despues lo vi acercarse a la Anita, que era un boton de rosa del comienzo de la primavera.

Me tomé del brazo de Santiago i nos fuimos a dar una vuelta para ver a muchas niñas que apénas ha-

bíamos dividido en medio de la gran aglomeración de gente.

La primera que pasó fué Laura Eguigúren, alegre como una sonrisa, vestida de maga. Decía su horóscopo a un caballero de 1830.

Teresa Vial, de aldeana, seguía después del brazo de un frac rojo.

Un caballero del siglo XV, que cruzaba por nuestro lado, nos dijo:

—¿Han visto a la Teresa Bernales? No porque está vestida de Iris, mejor que el de la naturaleza, me ha de negar el baile que le apunté.

Al pasar junto a un duque del siglo XVI, que dialogaba con un Quirites, oímos decir a aquél:

—Fíjate, que bien están la Éma Lazcano con su soberbio traje de gitana i la Adriana Zañartu Roberts con su ligero vestido de flor.

En uno de los salones, Rosa Errázuriz, con su delicada toilette de Mariposa, departía con una media docena de personajes de diversas épocas.

No lejos Luisa Eguigúren, de pierrette blanca, i Marta Eguigúren, de oriental, tenían estasiados a sus caballeros, que escuchaban su amena charla.

Al volver al foyer central, perdí de vista a Santiago Perez, que se separó no sé si para saludar a la Cármen Morla, que era una aristocrática joven del primer Imperio, o a la Chepa Carvallo Perez que acababa de bailar un vals, cuyo traje me hizo creer era una danza oriental.

Del brazo de un revolucionario francés vi a la Elena Lazcano, con un lindo traje de pierrete blanco con lunares de terciopelo rojo. Me acerqué a saludarla.

—No hab'a conocido a esta admirable Pierrette, la dije.

—Es tan fácil ser una Pierrette admirable, me contestó. La cuestión es que lo admirable sea lo bueno. Era una respuesta que sintetizaba su gracia.



El gran "buffet" se había abierto. Desde el salón Luis XVI se dirigían a él los caballeros de sencillo frac negro i las señoras con sus magníficas "toilettes" i joyas de valor inapreciable. Habrían hecho honor a una corte europea.

Entre la gran aglomeración de jente, pude distinguir a las señoras: Carolina Zañartu de Budge, María Luisa Mac-Clure de Edwards, Carolina Iñiguez de Pereira, Emilia Errázuriz de Lazcano, Amelia Lynch de Lyon, Irene Lazcano de Bernales, Carolina Eguigúren de Eguigúren, María Errázuriz de Riesco, Mercedes Otaegui de Peña, Luisa Pérez de Eguigúren, Luisa Lynch de Morla Vicuña, Manuela Luco de Zañartu, Enriqueta Pérez de Carvallo i Joaquina Pinto de Vergara.

En los salones la animación no decaía un instante.

El conjunto se me figuraba a veces una fiesta de carnaval. En el centro del *Hall* me detuve a mirar un momento una escena graciosísima. Nataniel Cox, con un perfecto disfraz de negro yanquee, bailaba el *Cake Walk*. No lejos de él, Julio Marchant, convertido en un hijo del Imperio del Sol, hacía piruetas haciendo jirar sobre su cabeza un quitasol chinesco. Era una representación teatral.

Cárlos Ovalle, en traje de alta etiqueta, conversaba con Manuel García de la Huerta, de frac azul, sobre las últimas peripecias de la Compañía Lírica.

Se les acercó Eduardo Edwards, en uniforme de Diplomático.

—¿Por qué no viniste de Alcalde? le preguntó Manuel García.

—Imposible. Dicen por ahí que se me ha perdido la vara.

Jorje Balmaceda, de Mario Cavaradosi; Fernando Alamos, Eduardo Correa i Cárlos Edwards, de caballeros de 1830, constituyeron una nota orijinal i alegre llevando al "buffet" a damas de la época Directorio.

Habia llegado la hora del "buffet" para las parejas jóvenes. Nueva corriente de entusiasmo se esparcía por los diversos departamentos de la casa. Toda una juventud bulliciosa llenaba el gran comedor, donde, en medio de chispeantes conversaciones, se servía con correccion un "menu" primorosamente confeccionado.

Fuí a buscar una compañera para la cena.

De uno de los salones salía del brazo de un japonés, Luz Lyon Lynch, vestida de Juana de Arco. Su arreglo era exactamente el mismo que muestra la heroína en el afamado cuadro de Michel. Casco de metal con una ondulada pluma blanca, sobre un sencillo peinado de melena. Coraza hasta la cintura. Desde la cintura hasta la mitad de la pierna una tela finísima, como escama de plata, i las piernas cubiertas con la armadura de metal.

En la mano llevaba el lábaro clásico de doncella de Orleans.

Un frac azul le pidió el "buffett".

Ella aceptó su brazo. Pensé que aquél tenía la suerte

de llevar por compañera a una heroína, cuyo estandarte seguía en el baile, no sólo el ejército de Carlos VII i Dunois, sino cuatro o cinco épocas de la historia.

Yo obtuve de mi gran amiga, Elvirita Carvallo, su compañía para la cena.

Sus aires de princesa Scheherazade i su auténtico traje de oriental, me trasportaron a los jardines de Aladino,

Miéntas comíamos algunas de las delicadas viandas, se nos acercó un condiscípulo mio en los Jesuitas, vestido de Conde del siglo XVI, i nos dijo:

—La Luz Lyon, con su peinado de melena i la Elena Pereira, de rizos, me han hecho recordar la época tan cercana todavía en que íbamos a esperar a las puertas de las Monjas la salida de la prenda.

Elvira se alejó del "buffet", poco mas tarde, del brazo de un Aiglou.

—¡A la salud de la buena compañía! me dijo Juan Larrain, levantando una copa de "champagne".



El "buffet" comenzaba a tener su carácter especial de última hora, cuando uno se siente en los bailes como en su casa, cuando el buen humor reúne a los compañeros de grupo para charlotear sobre las impresiones de la fiesta. Entónces se hace sonar una media

docena de chauchas a los mozos; se mira la lista del "menu", se lee con apetito los menudos nombres franceses, i en tanto desaparece la espuma de una copa de champagne servida hasta los bordes, se conversa, contento de vivir.

Miéntras saborea un bocado de langosta, un diplomático, Alberto Mackenna, habla con Benjamin Vicuña, de frac rojo, sobre los grandes bailes de fantasía de Paris.

—Aquí he recordado el último que ví en la Gran Opera, dice Tatin.

Juan Bombal, de frac rojo, embroma a Petronio, José Manuel Lecaros, con sus refinamientos de "arbitrarius elegantiarum".

Pedro Larrain, de Edgardo, propone un brándis por la salud de Eunice.

Alvaro Covarrubias Arlegui, de Vinicio, lo exige para Ligia.

Jorje Echeverría, de frac rojo, hace notar a Juan Calvo el enorme negocio que habrán hecho "Gage" i las tiendas con motivo del baile.

Juan, también de frac rojo, lo interrumpe:

—Mejor sería que me contaras lo otro...

Alvarito Lecaros, de Pombelle, se acerca a Nemesio Antúnez, de L'Aiglon, i a Víctor Eyzaguirre, de frac blanco, que engullen pulidamente un "Chaud froif de perdraux" i les dice con misterio:

—¿Saben ustedes quién es la mejor de las niñas del baile?

—¿Quién?...

No alcancé a oír la respuesta. La apagó como una descarga el descorche de un rejimiento de veuve cliquot.

No léjos, Lucho Mackenna, de increíble rosado;

Enrique Ovaile, de Marat; Juan Mackenna, de Valentin; Cárlos del Campo i Víctor Ortúzar, con trajes Luis XIII; Eduardo Matte, de Dálmata, brindan por la salud de los dueños de casa.

Unos cuantos camaradas porteños: Ernesto Edwards, de cretense; Ricardo Ferrari, de Marquez Luis XV; Arturo Ross, de L'Aiglon; Julio Serrano, de Shakespeare, comentan que la casa de don Agustín es la Legación de Valparaíso en Santiago.

Cuando terminé mi último sorbo de café, sali del comedor. Me encontré en la puerta con Rodolfo Valdivieso i Luis Fernandez C., de marqueses Luis XV; a Vicente Balmaceda, de mosquetero; a los Irrarázabal Lira i Jorge, de frac rojo, Patricio un señor feudal i muchos otros que me es imposible enumerarte.

Pasé junto a un grupo de niñas al que se acercaba Aníbal Las Casas, representando fielmente a Napoleón I.

—Acabo de ser vencido en Waterloo, dijo a una de ellas, frunciendo el ceño.

—No le creemos Aníbal, se le contestó. Usted siempre se está quejando sin motivos.

Herman Echeverría, con uniforme de oficial austriaco, me habló:

—Ya están cantando los gallos, hombre.

Eran las cinco de la madrugada. Algunas familias comenzaban a despedirse de los dueños de casa. Consideré oportuno imitarlos, aunque aun reinaba la alegría en la fiesta. No era posible prolongarla más.

Las lámparas parecían brillar mas rojizas, como amenazadas por la luz del nuevo día.

El parquet estaba alfombrado de puñados de violetas marchitas. Las hojas de las camelias caían como flores exóticas de sus bouquets.

Sin embargo, gran cantidad de parejas, pierrettes i romanos, venecianas i Luis XV, marqueses e increíbles, aldeanas i fracs rojos, danzaban aun como al compas de una armonía lenta, mui lenta, los últimos acordes del "Amoureuse".

Los grandes espejos de los salones, retrataban todavía indiscretamente con colores vivos de acuarela, algunos animados duos confidentiales. Estoy seguro que para ellos la fecha de sus *carnet*, ha servido esa noche de disfraz.....

Aun pude ver envuelta en su abrigo a Berta Correa A., de aldeana, que hacia su magnífico debut, i María Vergara, de pierrette, que conversaban esperando sus carruajes.

Un tío Sam, Virjilio Mendez, miraba el cuadro con su sonrisa de caricatura.

En la puerta me encontré con Borja Cifuentes, de noble de la Edad Media, que volvia de acompañar hasta el carruaje a su pareja.

—¿Te vas ya? me preguntó. Lo que es yo le saco el jugo a mi duque.



He querido, Manuel, hacer llegar hasta tu ostracismo esta descripción tan detallada del gran baile de fantasía, para que no acabes nunca de arrepentirte de haberlo perdido. Ayer no mas, frescos los recuerdos de la fiesta, al ver que en casa guardaban entre papeles de seda i naftalina mi traje de fantasía, pensé que

muchos de los que vi lucir a amigos nuestros, serán quizá utilizados para una fiesta análoga de una nueva jeneracion i que entónces diremos al saberlo:

—¡Qué baile de fantasía aquél de Edwards del 905! Es imposible que se dé otro igual. Ahora no son las cosas como ántes.

Para entónces, Manuel, nos estaremos poniendo viejos.

Tu amigo de siempre,

Alfonso.



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

